



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

Sumada
57

TRADICIONES

GRANADINAS



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

A.3
4
18

1.6.2



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Tradiciones Granadinas,



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est.

A.3

Tabl.

4

N.º

18



JUNTA DE ANDALUCIA

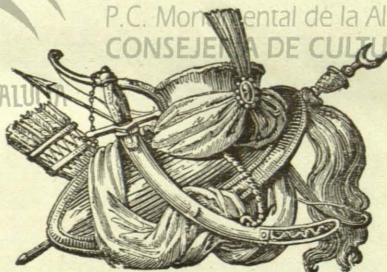
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

R 43.

TRADICIONES GRANADINAS.

Por José V. Soler de la Fuente.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA



Donativo del Sr. Conde de
Romanones á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

GRANADA:

Imprenta y librería de D. Manuel Sanz.

Calle de la Montería núm. 3.

1849.

Es propiedad de su editor D. José María Zamora.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA


El Palacio del Emperador.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

■



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

VAMONOS á la Alhambra; vamonos á buscar en ese recinto de amores y delicias, recuerdos que disipen nuestra melancolía¹.

Pasemos por la *Puerta de las Granadas*, que en lo antiguo fué de *Bib-el-Leujar*, y sin detenernos en examinar su arquitectura, ni la del pilar de Carlos V, bonita obra construida por el marqués de Mondejar, que se halla al fin de la cuesta de la izquierda, ni la *Puerta Judiciaria*, con sus misteriosos signos de la mano estendida y la llave, en cuyo lugar administraba

¹ Hemos prescindido en estas *Tradiciones* del órden cronológico que parece debia seguirse, en obsequio de la variedad y porque en nada altera su objeto.

un cadí justicia á los musulmanes, llegaremos á la esplanada conocida con el nombre de *Plaza de los Aljibes*, por los que hay en este sitio, y de cuyas abundantes, sabrosas y frescas aguas llenan sus cántaros la multitud de aguadores que circulan por la poblacion. Lo primero que se presenta á nuestra vista es la *Puerta del Vino*, mirab¹ que fué de los moros, y los torreones de la *Alcazaba* casi derruidos unos y en muy mal estado los demas, pero todos majestuosos y graves haciendo recordar la fuerza y poder de sus muros en otros tiempos.

Volvamos ahora la vista hácia el lado opuesto, y ved aquel regio edificio grandioso é imponente, con su difícil y caprichosa portada de dos órdenes dórico y jónico, y la multitud de ventanas adornadas con molduras y fajas de órden dórico que nos presenta su elegante fachada de Poniente. Es *el Palacio del Emperador Don Carlos de Austria*.

Contemplad sus esquisitos relieves, los frontones de sus puertas, el cornisamento y columnas de sus portadas, las esculturas de los netos, y todo este conjunto en fin, y decidnos si no hubiera llegado á ser una obra maestra del arte este edificio concluido, que aun en sus principios es la admiracion de cuantos extranjeros lo visitan.

La obra fué trazada y empezada en 1527 por Pedro Machuca, pintor, escultor y arquitecto,

¹ Oratorio.

y despues de haberle ido sucediendo en el trascurso de cerca de cien años (pues se trabajaba con suma lentitud por las cortas cantidades que señalaban al efecto), varios artifices célebres, el último que la dirigió fué Francisco de Potes, que en 1623 marchó á Madrid para hacer presente la necesidad de cubrir las habitaciones interiores; y obtenido el correspondiente permiso, volvió á Granada á continuar los trabajos; pero habiendo quebrado los empresarios del azucar, cuyas rentas estaban destinadas para la continuacion del edificio, se suspendió la obra en 1633, quedando en el estado en que hoy la vemos. Parece que la augusta Reina madre Doña Maria Cristina de Borbon tenia proyectado la conclusion de este palacio: Dios la mantenga en tan buen propósito, para que llevándolo á cabo adquiera esta joya de las artes el renombre que se merece, saliendo del triste abandono en que por nuestro mal se halla.

Y en tanto que damos una vuelta en derredor de este edificio para examinar con mas detencion sus primorosos relieves y elegantes ángulos, escuchad la historia de su origen que va á procurar demostraros nuestra pluma, dedicada hace algun tiempo á investigar las tradiciones del pais.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

A las diez de la mañana del día 5 de abril de 1526, atravesaba la calle de Elvira con dirección á la Plaza Nueva, una comision de la justicia, escoltada por un piquete de guardias del rey. Era un pregon de la autoridad de Granada. Al oír sus habitantes el toque de las trompetas, corrian presurosos á enterarse de la causa de semejante alarma, y asegurados del pregon marchaban á tomar sitio en el que debia efectuarse. Los moriscos convertidos, animados de la misma curiosidad, corrian tambien con-

fundándose entre los cristianos, á saber el mandato de la autoridad, no sin cierto temor, esperando alguna nueva ley ó impuesto contra su raza.

Llegada la pequeña comitiva al centro de la plaza hizo alto; toda la muchedumbre se agolpó hácia allí, envolviendo al grupo de guardias en una triple barrera humana. Volvieron las trompetas á dar al viento sus claros sonos por espacio de cinco minutos y callaron al fin. Todos los oídos esperaban con afán. Una voz salió fuerte y penetrante en medio de los soldados.

Las personas allí reunidas escucharon.

Era una orden de la justicia de Granada que mandaba á todos sus habitantes el adorno de las fachadas de sus casas y la iluminacion en sus balcones aquella noche, anunciando además las brillantes fiestas que iban á darse con motivo de la venida á esta muy noble ciudad del emperador Don Carlos de Austria y su augusta esposa Doña Isabel de Portugal. Se ordenaba también á todos los moros, á quienes despues de la conquista se les habia permitido vivir en el Albaicin, se abstuviesen de presentarse en público durante el tiempo que permaneciera el monarca en Granada, á menos que no vistiesen trajes españoles, incurriendo en la pena, el que quebrantase este precepto, de ser arrojado ignominiosamente de la provincia y confiscados todos sus bienes.

Tornaron á oirse los clarines concluido el

pregon, disemináronse las personas por toda la plaza, y el bando siguió su ruta, desapareciendo por el Zacatin.

—La mejor parte de la *cantinel*a ha sido la última, decia un cortador á un corrillo de hombres de repugnante aspecto, formado en un ángulo de la plaza.

—Tienes razon, Tomás, contestó uno de ellos, con eso nos veremos por algunos dias libres del disgusto de encontrar á esos perros confundidos á cada paso entre nosotros.

—No sabe el gobierno lo que se pesca, continuó otro de los circunstantes. Esos moros son la polilla de Granada. No debiera tolerarse por mas tiempo el insulto que se hace á la cristiandad con la presencia de semejantes caribes.

—Si yo fuera oidor tan solo por una hora, ya sabria lo que hubiera de mandar. Lo primero de todo, plantaba un decreto mas fogoso que la fragua del tio Candelas, declarando pena de muerte al moro que no se encontrase fuera de Granada en el término de cuatro horas.

—No tengas cuidado, contestó el tio Candelas que á la sazón se hallaba presente, poco á poco se ablanda el hierro, como dice mi oficial. ¿Te parece que son flojas las trabas que les ponen? ¡Caramba! no quisiera hallarme en su pellejo. No pasa dia sin que los sacrifiquen á multas, despues de haberles prohibido qué se yo cuántas cosas. ¿Y sabes para

qué hacen eso? Para que se disgusten ellos mismos y nos dejen el campo libre huyendo al África ó donde mejor les acomode.

—¡Y sin duda, creerá el tío Candelas, que les tienen muy tirante la cuerda! ¡Ave María! Si á pesar de todo eso, no pasa semana sin que maten algun cristiano promoviendo grescas de consideracion, si les alojasen un poquito tan solo, ya podriais encomendaros á Maria Santísima, pues el mejor dia del año, patapuf! os pasaban á degüello y á todos vuestros oficiales. ¡Bonitos son los nenes! Fuego en ellos. Y sino, mirad mirad.

—¿Qué ha sucedido? exclamaron á un tiempo todos los del grupo.

Un confuso y grande vocerío que gritaba ¡muera! muera! y una porcion de hombres y mujeres que corrian á todo escape detras de dos moros por en medio de la plaza, era lo que habia llamado la atencion de los del corrillo; un lance poco mas ó menos igual á los que con frecuencia sucedian, acababa de tener efecto alli mismo. Disgustados en extremo los moros que habian acudido al pregon, al enterarse de que no podian salir los dias que permaneciese el monarca en Granada, desataron su impotente cólera en denuestos é invectivas contra justicia que tal mandaba, jurando por Mahoma, que alguna vez tomarian la revancha. Un muchacho que los habia estado oyendo, bajóse con disimulo, recogió una piedra del suelo, y

apuntando á la frente de uno de ellos, le descargó tal pedrada, que dió en tierra con su cuerpo. Frenético otro de los moros que habia observado con el rabo del ojo la accion del pilluelo, precipitóse hácia él y antes de que tuviera tiempo para ver este movimiento, se encontró con la acerada hoja de un puñal damasquino que le atravesó de parte á parte el corazon.

Aun no se habia despejado la plaza de la gente que acudiera al bando, y algunos que vieron el atentado del moro, gritaron: *¡Al asesino!* y corrieron á él enarbolando gruesos garrotes: otros se dirigieron á los demas moriscos, que asustados de la accion de su compañero, abandonaron el caido á la furia de la muchedumbre que lo hizo mil pedazos, y procuraron ponerse en salvo con la fuga, seguidos de una multitud de hombres y mujeres que daba grandes alaridos de furor.

—¿Qué tal? dijo al tio Candelas, el que antes habia hablado despues de haberse impuesto del suceso, ¿merecen esos perros compasion?

—¡Corramos hácia ellos! exclamó uno de los del corrillo.

—¡A ellos! gritaron todos y siguieron á la turba.

Una de las privaciones que impusieron á los moros á poco de la toma de Granada, fué la de las armas; pero ninguno salia de su casa sin llevar oculta en el seno una afilada gumia. Cor-

rió la voz de alarma en el barrio del Albaicín, y pronto salieron en socorro de sus compañeros cuantos moros estaban allí domiciliados. Por todas las calles del barrio del Hazeriz salían gruesas masas de musulmanes con el puñal en la mano y con dirección á la Plaza Nueva. No tardó el paisanaje en dar alcance á los moros que perseguía, y en la Carrera de Darro cayeron á los golpes de mil palos, siendo al momento acribillados á puñaladas. A este tiempo llegó á aquel sitio bastante número de moros que engrosándose á cada segundo, presentaron una fuerza respetable. Trabóse entre ellos y el pueblo una encarnizada riña, de la que resultó gran número de muertos.

Sabedor el marqués de Mondejar de estos desagradables sucesos, envió prontamente al lugar de la batalla crecidos tercios castellanos, que pusieron término á tan desastroso lance, haciendo huir á los moriscos á su barrio donde se encerraron en sus casas.

Tal estado tenían las cosas el día 5 de abril de 1526, víspera de la entrada del grande emperador.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EN el lindo salón de Comares del palacio árabe de la Alhambra, donde tuvieron lugar tantas veces las festivas zambras que ejecutaban los moriscos en otros más felices tiempos, estaban una tarde el emperador Don Carlos de Austria y su esposa Doña Isabel de Portugal, rodeados de gran número de caballeros, damas, donceles y pajes.

Efectuadas las bodas de este monarca en Sevilla, y fatigado del excesivo calor de aquella ciudad, quiso visitar á Granada cuya hermosura tanto le habían encomiado, y poco tiempo después de su enlace, dispuso la mar-

cha para este punto, á donde llegó el día siguiente al de los sucesos referidos en el párrafo anterior. Encantado el rey de la belleza del morisco vergel arrancado á los musulmanes, fijó su residencia en el alcázar de los reyes árabes, donde pasaba los días embelesado, admirando sus preciosidades. Un pensamiento desde luego concibió su mente que no le era posible desechar y que por entonces no podía poner en ejecución. Deseaba fabricar un palacio en el centro de la Alhambra, que dejase muy atrás al en que vivía; pero le faltaban medios para tan colosal empresa.

Cada día que miraba el alegre cielo azul y encantador que cobija á Granada; cada vez que desde los hechiceros puntos de vista de la Alhambra veía la vega, que extendiendo sus verdes tapices á los piés de Sierra Nevada, prestaba vida á los lindos pueblecillos que descuellan en sus llanuras y colinas, entre cuyos contornos se desliza el Genil bañando con sus plateadas ondas los vecinos campos que florecen con tanta abundancia, como cual otra tierra de promision y semejante aquel lisonjero cuadro al prometido paraíso que en noches de insomnio crea la imaginacion volcánica de un árabe, viendo allí realizados esos paisajes deliciosos que el Génesis describe con tan halagüeño colorido, á cuya contemplacion el alma se dilata y se remonta la fantasia á sueños de ventura que solo pueden concebir la mente del poe-

ta..... el emperador, estasiado con tan hechicero espectáculo, exclamaba con frenesí:

—Mi vida, mi muerte en Granada, quiero gozar de Granada, pues solo hay una en el universo, y esta me pertenece. Quiero hacer un palacio tan coloso, que desde sus torrecillas pueda disfrutar de todos los contornos que cercan á Granada, como ciñe una corona de flores las sienes de una hermosa; y aun quiero mas: he de subir tanto sus torres, que sentado en la mas elevada azotea, me contemple mas alto aun que el elevado pico de Mulahacen..... y entonces..... entonces....!

Una triste idea venia siempre á turbar tan lisonjero porvenir. La falta de recursos. Podia imponer una corta contribucion en su reino y satisfacer asi su deseo; pero semejante proceder repugnaba á su alma, y preferia esperar sufriendo.

Pensativo se hallaba el monarca la tarde de que hemos hablado, en el salon de Comares, y asaz mal humorado. Casi tendido en un elegante sillón, se daba golpecitos en su bota de cuero negro, con el puño de un latiguillo que tenia en la mano. Llevaba una ropilla de raso de color de ceniza galoneada de listas negras, y un sombrero de fieltro blanco, sin que ninguna pluma adornase su baja copa.

Viéndole Doña Isabel tan distraido, interrumpió su meditacion, diciendo con cariñoso acento:

—¿Qué sentis Carlos? Parece que algun pesar os abruma: ¿no quereis salir esta tarde á dar vuestro acostumbrado paseo?

—He andado bastante esta mañana y me siento fatigado, contestó el emperador sin dejar de darse golpecitos.

--Mucho lo estraño, y no hay duda que me ocultais alguna pena; vos que erais incansable cuando se trataba de visitar la Alhambra, que habeis pasado noches de luna fuera del palacio respirando el aroma de sus bosques, ¿rehusais ahora el salir....? No os creo, es imposible; explicadme vuestro sentimiento.

—Señora, vos misma decís que he corrido tanto por Granada, y os estraña que ahora no quiera salir, ¿por ventura he de estar siempre admirando sus encantos? ¿No ha de llegar un momento en que me hastien? ¿Es acaso la belleza de Granada diferente á la de las cosas de este mundo? ¿Todo ha de cansar y Granada no? Verdad que son hechiceros sus jardines, puro el ambiente de sus auras, brillante su cielo azul..... pero tambien no dejareis de conocer, que la cosa mas hermosa deja de serlo cuando se tiene presente á cada momento.

—Muy cierto es cuanto acabais de expresar; pero os lo confieso francamente, no me convence. Hablais de hastio como pudiera hacerlo el mas indolente sultan, y no hace muchos dias que oí deciros: «¡Dichoso el monarca que tuviera su corte en un tan divino pais!» Pron-

to ha pasado ese entusiasmo, Carlos, y nunca os creyera tan inconsecuente.... Además, ¿y ese palacio, que si mal no recuerdo, teniais tanta ansia de levantar en la Alhambra?

Al pronunciar Doña Isabel la voz de *palacio*, cambiaron todos los airados pensamientos del monarca, á quien la arenga de su esposa aumentaba considerablemente su disgusto. Todo lo olvidó en el instante, no viendo ya otra cosa que el magnífico palacio cuya idea tanto le poseía, presentándosele ahora, rodeado de todos los encantos que soñaba. Dilatáronse sus facciones adquiriendo sus ojos una alegría febril, y respondió á la pregunta de su esposa con un tono tan afectuoso que contrastaba notablemente con el brusco acento que usara en la anterior plática.

—¡Un palacio en la Alhambra! dijo, ¿no es verdad, Isabel, que eso sería muy lisonjero?

Admirada la reina de tan repentina mudanza, comprendió al momento con su esquisita penetracion, la causa de la tristeza de su esposo, y resolvió seguirle la idea.

—Sí, Carlos, contestó, os aseguro que recibiria un placer estremado, inmenso, si pudiera realizarse proyecto tan escelente. Entonces trasladariamos la corte á Granada.

—¡Oh! entonces, si Granada es ahora la primera ciudad del mundo por su vega y posicion, lo sería tambien por su caserio y monumentos. ¡Si supiérais, Isabel, cuán deliciosos

son los instantes en que mi imaginacion se recrea pensando en las bellezas con que enriqueceria la Alhambra! La naturaleza no ha podido hacer mas que formarla como la ha hecho. Ahora falta la mano del hombre que la adorne de cuanto es susceptible el divino arte.

—Seguid, seguid, esposo mio, exclamó la emperatriz, conociendo el placer que sentia Don Carlos en aquella conversacion; no hablemos mas que de Granada.

—Sí, querida esposa, hablemos de ella solamente, y de lo felices que seriamos viviendo siempre aquí. Levantaríamos un palacio que dejase muy atras al de los *Aljares*, á esa maravilla del mundo labrada por el rey Muley Hacén. Haria venir á los mas famosos arquitectos, escultores y pintores de España, y les diria: «Remontaos á los cuentos de hadas de nuestros antepasados, poned en prensa vuestra imaginacion, y diseñad un palacio que sobrepuje á cuantas maravillas han nacido en el universo. Si no llenase mi deseo, diseñad otro, ciento, mil; y cuando háyais sacado uno que iguale al que tengo aquí (y señalaba á su frente), ese pondreis por obra al momento: ese será mi palacio de la Alhambra.»

—Sí, y nuestros hijos, cuando puedan tener reflexion para conocer tan grandiosa obra, cuando se penetren de que todo les pertenece, si no nos bendicen por haberles dejado un reino que tanto pesar puede causarles, nos ben-

decirán por ese palacio que solo alegría y ventura puede ofrecerles.

—Y la fama, que no es tarda cuando la impele objeto merecido, llevará por do quier la noticia de esta maravilla, y reyes y pecheros, y moros y prelados vendrán en caravanas á Granada á admirar tanta hermosura reunida, y progresarán las artes y la industria; y al cabo de algunos años, Granada, ese diamante de la antigua Bética, no solo será la mas preciosa, sino la mas rica ciudad del orbe entero.

—Y Dios nos bendecirá por la felicidad que proporcionaremos á nuestros vasallos.

—Y todo por ese divino palacio.

—El marqués de Mondejar, alcaide de la Alhambra y jefe de los tercios de Granada, pide licencia para entrar, dijo presentándose un paje que cortó de improviso plática tan halagüeña.

Una sombría nube oscureció la radiante expresión de júbilo que resplandecía en el rostro del emperador. Lo habian despertado de su divino sueño, haciéndole caer de las mas altas regiones del idealismo, á una completa y fastidiosa realidad. Tornó el descontento á pintarse en su semblante, mandó le alargasen el látigo que en los momentos de su entusiasmo habia tirado al suelo, comenzó á darse otra vez golpecitos en su bien construida bota, y preguntó con avinagrado acento:

—¿Qué me quiere ese señor?

—Dice que os tiene que comunicar asuntos

graves y de suma urgencia, contestó el paje.

—¡Diablo! y á qué mal hora viene el alcaide! Decid que pase. Ni aun aquí podré disfrutar de sosiego.

No tardó en presentarse el marqués. Quitóse su gorra negra con pluma, y esperó á la entrada de la sala.

—Acércaos, dijo el emperador, y sed breve en lo que tengais que comunicarme.

—Señor, exclamó el de Mondejar, cuando las fuerzas depositadas por un soberano en su servidor no son bastantes á contener las riendas del gobierno, deber es de todo vasallo reclamar el apoyo de su rey.

—Esplicaos.

—Cada dia los moros, mas insolentes y ensoberbecidos á pesar de las rigurosas leyes que tienen impuestas, promueven sin cesar disturbios, que si bien en los principios nada tenian de imponentes, pueden irse haciendo serios y de consideracion. Si antes solo molestaban con voces y algazara, ha dado caso ahora de poner las manos en vuestros fieles súbditos, llegando su audacia hasta tal punto, que á pesar de estarles prohibido el uso de las armas, llevan escondidas afiladas gumias, con las que á cada momento se ve comprometida la seguridad individual de vuestro pueblo. Además, aunque en la apariencia profesan la fe católica, sus detestables ritos son los que observan secretamente, y usan de baños, tienen

zambros y hacen sus *alajás* ¹ como si no hubiesen recibido el santo sacramento del bautismo.

—Chócame, buen alcaide, respondió Don Carlos, que os vengais con esas, teniendo amplios poderes para hacer lo que mas convenga á la seguridad del gobierno que os está confiado; pero una vez que venis á reclamar de mí una medida que contenga esos alborotos que tanto os cosquillean, vive Dios que habeis de quedar satisfecho. Venid, sentaos á esa mesa y escribid lo que os dictare.

Obedeció el alcaide las órdenes del emperador sentándose en el sitio que le señalara: trajeron recado de escribir, y con la pluma levantada esperó.

Callaron Doña Isabel y las damas quienes conversaban entre sí mientras la declaracion del alcaide, y Don Carlos despues de haber dado algunos paseos por la sala como reuniendo sus ideas, comenzó á notar al alcaide en estos términos:

«Habiendo llegado á nuestra noticia que los moriscos de Granada, á quienes por efecto de la esquisita bondad de nuestros antecesores se les concedió habitar en la ciudad de su naturaleza despues de su gloriosa conquista, en vez de mostrarse agradecidos y sumisos como debiera esperarse á tan singular favor, promueven á cada paso motines, sembrando el

¹ Oraciones.

disgusto y terror en los ánimos de nuestros muy fieles vasallos, pues no contentos con las tropelías que continuamente cometen, pasan su desacato hasta el ominoso extremo de poner sus manos en las personas de los buenos cristianos, nuestros servidores, y deseando castigar cual se merece semejante falta, dando al mismo tiempo una prueba de amor á nuestro pueblo, declaramos y mandamos:

1.º Queda prohibido desde luego á todos los moriscos de Granada el uso de su traje árabe, sin distincion de personas. En lo sucesivo solo podrán vestir ropa española como todos los demas habitantes de esta capital.

2.º Ni de dia ni de noche estarán cerradas las puertas de sus casas, para que en cualquier tiempo y hora puedan penetrar en ellas los visitantes que se nombren, y conocer los culpables, que á pesar de haberse convertido á nuestra santa religion, la profanan con la observancia de sus primitivos ritos.

3.º A efecto de que se impongan los castigos á que se hagan merecedores los moros que infrinjan los antedichos preceptos ó cometan nuevas tropelias á favor de su traje, disponemos que al momento se traslade á Granada el tribunal de la Santa Inquisicion que reside ahora en Jaen, á quien queda encargado el juicio de los desmanes que cometan.”

—¿Acabásteis? preguntó el monarca despues que hubo notado la anterior providencia.

—En este momento, señor, contestó el marqués.

—Habeis puesto al principio la fórmula de encabezamiento?

—Si señor.

—Pues venga la pluma y despachemos.

Entregó el alcaide al monarca la pluma con que habia escrito. Luego que hubo firmado, dobló el pergamino, y poniéndolo en manos del alcaide,

—Tomad, le dijo, id y ordenad que al momento se publique por toda la capital este mi edicto al son de clarines y trompetas. Concluido el acto vendreis á darme noticia del cumplimiento de vuestra comision, y cuidad de que os acompañe un oficial de mis guardias que esté dispuesto á partir al instante para Jaen á llevar mis órdenes al Santo Tribunal para su venida á Granada. Yo entretanto redactaré de mi puño esta disposicion.

Inclinóse el alcaide y salió á cumplir lo ordenado por su monarca.

—Veremos si puedo hacer entrar por buen camino á esa gentecilla, dijo Don Carlos sentándose á escribir. Palacio..... sueño dorado.... ¡cuán pronto te desvaneces!

Aquí dió un profundo suspiro que llegó hasta los oidos de Doña Isabel, quien acercándose á su esposo procuró volver á entablar la interrumpida conversacion del palacio que tanto le habia distraido.

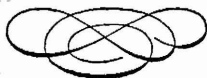
Pronto fué ejecutada su órden, y supo todo el pueblo de Granada el edicto del monarca contra los moros, que dió márgen tambien á algunas hablillas entre el tio Candelas y comparsa que acudieron igualmente á la Plaza Nueva á enterarse de aquel pregon, como habian hecho pocos dias antes con el que anunciaba la llegada del grande emperador.

Dos horas despues de la promulgacion de la nueva ley, salia por el Triunfo un oficial de guardias en un caballo á todo escape. Llevaba la órden al Santo Oficio para su venida á Granada.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

SERIAN cerca de las oraciones de uno de los calurosos días del estío. Los brillantes rayos del sol próximo á hundirse en Occidente, penetraban en una bonita pieza de una casa en el barrio que hoy llaman de San Luis, adornada con el gusto y lujo de los orientales. Un ambiente delicioso se aspiraba en su centro impregnado de la aroma de multitud de flores colocadas en elegantes búcaros. Ricos almohadones de Persia aparecían sobre un suelo tapizado de pintorescas alcatifas, sobre el que frescas y en-

carnadas rosas formaban otra muelle alfombra. Esquisitos pebetesos despedían una suave y delicada fragancia, que unida á la de las flores arrebatava su aspiracion.

Una jóven linda como la clara aurora tras borrascosa noche, víase reclinada sobre una ventana en forma de ajimez, cubierta de una blanca túnica de lino, sosteniendo al parecer sabrosa plática con un venerable musulman, que sentado en un almohadon, con las piernas y brazos cruzados, casi le llegaba al suelo su blanca y prolongada barba. Estaban pintados en sus facciones el desaliento y el dolor.

—Sí, decia con melancólico acento, Haraxa, hija del corazon, ¡en qué infortunio nacimos! Cenizas deberiamos haber sido antes que sobrevivir á la pérdida de nuestro reino. ¿Qué se hicieron los capitulos que firmó en Santafé el rey Fernando V, y bajo cuyas condiciones entregó Boabdil su corona y su ciudad? Las han violado, han destruido cuanto se pactó en aquellos contratos, y nos arrollan como á brutos peligrosos, cuando debieran dejarnos en completo sosiego. Nos humillan continuamente despues de habernos forzado á abrazar distinta religion; nos privan de las armas para nuestra seguridad y defensa; y hoy, por último, hija mia, á consecuencia de un alboroto que produjo la impaciencia de un hermano que no tuvo la suficiente calma para dejarse insultar, nos hacen tener abiertas de dia y de noche las

puertas de nuestras casas para que seamos víctimas de los rateros y rufianes, y lo que es mas doloroso aun, ordenan la total estincion de nuestros trajes sustituyéndolos con los españoles. ¡Maldicion eterna contra los tiranos que asi abusan de su poder! Desventurado destino, ¡cuándo será la voluntad del Profeta volver á sus protegidos la dulce tranquilidad que antes disfrutaban!

Dió aqui un gemido el viejo Abul-Aswad, é inclinó su cabeza sobre el pecho.

—¡Padre mio! exclamó la jóven con una voz mas apacible que el lejano sonido del arpa. Verdad es que nuestra tribu está sumida en el mas negro infortunio, pero consuélate, amado de mi alma; por lo mismo que está abatida, mas esperanza tiene de un pronto alivio. Quanto mas avanzada está la noche, mas cerca viene la aurora. Acuérdate de estas palabras del moravito Kaid-el-Abi, y da treguas á tu afliccion.

—¡Ay Haraxa mia, cuánto te engaña tu razon de jóven! Si es cierto que vendrá esa aurora, no será para nosotros, infelices creyentes despreciados y aborrecidos. Nuestro porvenir es oscuro como noche tormentosa.... pero no es eso todo, no, tórtola pura de los bosques, aun no he vertido en tu corazon mas que una parte de la amargura que destroza el mio..... A costa de mi sangre quisiera ahorrarte la pena que te voy á causar depositando en tí todo el peso del secreto que me abrumba, mas no hallo

otro remedio. Escucha y tiembla, desgraciada morisca.

Acercóse la jóven á su padre, y echóle ambos brazos al cuello.

—Habla, padre mio, habla sin cuidado, tal vez tu pecho halle algun consuelo de esa suerte.

—Estrella que iluminas mis impotentes dias, ¡bendita seas! ¡cuánto bien me haces....! Y gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Abul-Aswad al decir estas palabras. Oye, continuó con voz mas sosegada. Acabo de ver á Abd-el-Meleck.

Un ligero carmin tiñó las mejillas de la jóven al oír este nombre.

—¡Abd-el-Meleck! repitió, ¿y qué te ha dicho?

—¡Ay! el desgraciado se halla en el mismo caso que nosotros, le privan del último recurso y quedará pobre, ¡pobre como tú, infeliz hija mia!

—¡Santo Alá! ¿pero como es eso? ¿Qué te ha dicho Meleck?

—Vendrá á hacernos su última visita, vendrá á despedirse de nosotros.

—¡Qué espresan tus labios! ¡será posible! Sigue, sigue, padre mio, tus palabras son como el viento precursor de la tempestad.

—Mañana iré á ofrecer al emperador Carlos de Austria ochenta mil ducados que los jefes de tribu en el divan ¹ que hemos celebrado

¹ Junta.

hoy, han resuelto se le entreguen por mi mano, para levantar la prohibicion del uso de nuestros trajes. ¿Y no sabes que para completar la suma que entre los pocos que podemos contribuir, me ha correspondido facilitar, es necesario vender nuestras perlas, nuestros vestidos, nuestros adornos, y quedarnos reducidos á la mas espantosa miseria? ¡Ay! el alma se me desgarrá al pensar en nuestra desgracia.

—Pero.....

—Aun hay mas; tu prometido Meleck se queda en el mismo estado, y como no puede sostenerte le es imposible su union contigo. Las leyes lo prohiben, y no entregaria yo mi hija á quien no le pudiese presentar el diario sustento.

Una estremada palidez cubrió las mejillas de Haraxa. Le fué preciso sentarse al lado de su padre para soportar su emocion.

— Y yo, pobre anciano, continuó Abul-Aswad, ¿á qué trabajo podré dedicarme? ¿á dónde iré? ¿qué será de mí?

Un torrente de lágrimas que inundó sus ropas, fué la respuesta de la jóven.

—Tranquilízate, consuelo de mi existencia, repuso el viejo. Alá es grande y no nos dejará desamparados.

Abrióse en este momento de golpe la puerta de la habitacion, y un gallardo moro lujosamente vestido se presentó en ella. Era Abdel-Meleck. Sobre sus ropas moriscas llevaba

una larga capa española de tafetan negro forrada de grana. Adelantóse dos pasos y quedó parado contemplando al padre y la hija.

—Alá te guarde, buen Meleck, exclamó el anciano; ¿vienes á traerme la suma que te se exige?

—Ahí la tienes, contestó el jóven poniendo en la mano de Aswad un bolso lleno de oro; llevas el precio de mi ventura, de mi sangre... No dirás que dejo de ser buen creyente; mi sacrificio por el Islam está consumado. ¿Puede pedírseme algo mas?

—El Profeta te recompensará, hijo mio,

—¿Qué recompensa puede bastar al bien que pierdo? contestó con fuego Meleck. Anciano, tu hija era mi prometida y yo la adoraba con el fuego de una pasion primera y con el ardor de un hijo del Oriente. Ella tambien me amaba, y el cielo á donde iban á fijarse nuestros pensamientos, el porvenir que soñábanos en esta vida miserable y congojosa, era tan solo nuestra union..... Y ahora todo ha desaparecido como la huella del tigre en las arenas del Sahara: esos maldecidos cristianos han quitado la primera piedra al edificio de mi felicidad y vosotros acabais de destruirlo. Sí, vosotros digo; el sacrificio que hago para que consientan el uso de nuestras vestiduras, lo reprueba mi corazon; con Haraxa no solo aboliria para siempre mi traje, sino mis creencias. ¿Qué me importaria el culto que hubiese de rendir,

si en todos me siguiera Haraxa? Dirás, anciano, que blasfemo..... y dirás bien. Una tenebrosa nube cubre mis ojos, y solo la desesperacion tiene cabida en mi pecho; soy debil, de naturaleza mezquina, doliente, y no puedo ganar con mis manos como el esportillero el pan que hubiera de sustentarme. No tengo á nadie en el mundo, á nadie mas que á vosotros; pero ¡ay! vosotros como yo habeis reducido á dinero la mayor parte de vuestras prendas para reunir la suma que os corresponde pagar. Tal vez.... dentro de una semana..... ni aun fuerzas tendré para llorar mi desventura..... Poderoso Alá..... un poco de valor..... mas ¡ah! me falta, me falta; mis ideas se estravian, se ofuscan.... Ir á implorar de los musulimes compasion para que me dejen lo que debo entregar y con lo que bastaba á mi sostenimiento..... jamás! La sangre Abencerraje que circula por mis venas repugna semejante humillacion, y no les dirá mi lengua..... «¡Dejadme por piedad ese puñado de oro y buscad como podais el modo de reemplazarlo.” ¡Oh! nunca..... nunca..... Tú mismo, anciano, tú mismo me escupirias al rostro si supieras tamaña accion de mi parte. Detúvose aqui el desconsolado moro como para calmar la agitacion que sentia. Despues brillaron sus ojos con un fuego extraordinario, y añadió con firmeza: ¡Ah! no hay medio, mi resolucion está tomada, es irrevocable. ¡Abul-Aswad! ¡Haraxa! recibid mi última despedida y

conservadme un recuerdo en vuestro corazon.

Cubrióse la faz el moro con ambas manos, y marchó resueltamente hácia la puerta, despues de haber dirigido una angustiosa mirada á la jóven, que reclinada sobre su almohadon, contemplaba con asombrada vista á su amante.

—Detente, Meleck, detente, ¿qué pretendes hacer? gritó el anciano Aswad levantándose de pronto y asiendo por el brazo al desesperado árabe.

—Déjame, anciano, no impidas el único placer que me queda en esta vida que detesto.

—Jóven, exclamó Abul-Aswad, oye la voz de un moro que ha resistido sesenta veces el sopro del invierno. Mira sus cabellos blancos como el pico de Xolair¹ y escucha sus reflexiones. Hijas son de su larga vida.

—¿Podrán acaso tus reflexiones volverme la felicidad que me han robado? ¡Ah! si, mi pena no tiene remedio, ¿de qué servirá alguna efímera esperanza que alumbre mi porvenir cual la llama del rastrojo?

—¡Insensato jóven! ¿acaso está todo perdido? ¿Sabes, por ventura, si el monarca cristiano accederá á nuestro ruego conmutando su decreto por la suma que se le ofrece?

—¡Ay! la aceptará.. el corazon me lo anuncia.

—Tu corazon puede engañarse. Tambien el cazador que á sus tiros vé caer la corza se acerca para recogerla y se engaña: el animal no

¹ Sierra Nevada.

ha muerto y la vé saltar ligera al oír sus pasos, como la pluma que lleva el huracan. ¿Y quién te dice que no ha de sucedernos lo mismo, aunque con distinto resultado? Hace un momento que me acongojaba la suerte que nos espera, porque no creía hallar un alma mas débil que la mia; pero á tu vista una esperanza ha nacido en mi interior, y reprocha el miedo que antes abrigaba. Nada, jóven, cuida no tenga la caña que avergonzar al roble.

—¡Ay padre mio! ¿para qué haces nacer en mí este consuelo? ¿Quién sabe si despues he de tener que llorarlo? Me convencen tus palabras, gratas á mi corazon como el rocío á un campo seco. Habla, ¿qué es necesario practicar?

—Mañana iré á ofrecer al emperador el sacrificio de los moriscos para levantar la nueva ley. Apenas el sol nos alumbre desde el centro del horizonte, subirás á nuestra torrecilla. Desde ella se divisa el mirador de la plaza de las Cisternas ¹ A la salida de mi entrevista con el monarca me asomaré á aquel sitio. Si mi cabeza apareciese sin turbante, erguida é inmovil, baja y abraza á mi hija: asi le indicarás la felicidad que os aguarda. Si mi turbante estuviese en su lugar y ondulase al viento su blanca toca, el monarca ha aceptado. Fija es nuestra desgracia. Eres dueño de tu voluntad.

Calló el anciano. Un prolongado silencio su-

¹ Plaza de los Aljibes.

cedió á sus palabras. Haraxa permanecía en el mismo sitio, y su faz se hallaba tan afligida como hermosa.

—¿Prometes hacer mañana cuanto acabo de espresarte? preguntó Aswad.

—Sí, contestó Meleck, mañana al mediodía estaré en la torrecilla.

—Entre tanto, hijos míos, aprovechad esta única esperanza. Tiempo quedará para llorar, Haraxa, ángel mio, ¿no merece el consuelo que este pobre anciano os proporciona, alguna recompensa?

Levantose prontamente la jóven, y arrojándose al cuello de Abul,

—¡Pobre padre mio! dijo con cariñosa voz, y cubrió de besos su cabeza.

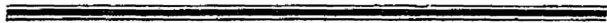
—Ven, Meleck, ven, continuó Aswad con los ojos preñados de lágrimas, participa de este momento de ventura, ¿no es verdad, hija mia, que no lo quieres ver tan triste y solitario?

—¡Meleck....! dijo Haraxa.

—¡El cielo nos proteja! exclamó el moro, corriendo á abrazar al anciano y á la jóven.

Los últimos rayos del sol reflejando en este interesante grupo, iluminó sus rostros en aquel momento radiantes de placer.





JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Muy temprano se habia levantado la mañana del dia siguiente á la de los sucesos referidos en el párrafo anterior, el emperador Don Carlos de Austria á dar un paseo matinal, por las alamedas de la Alhambra. Durante su vuelta, escogia en su fantástica imaginacion, un sitio á propósito en que edificar el palacio, único objeto sobre el que giraban todas sus ideas. En el momento en que empezamos este capítulo, acababa de tomar un frugal desayuno, y paseábase por el patio de los Arrayanes conversando con su camarero mayor Don Quin-

tin de Quiñones. Hablaban del mensajero que partió para Jaen, quien habia traido la respuesta del Santo oficio, participando al monarca, hallarse dispuesto para trasladarse á Granada. Giró despues la conversacion sobre el efecto que habia producido en los moriscos las últimas disposiciones, y refiriéndole Don Quintin, que en los dias que contaban desde su publicidad, no se habia visto ningun moro en las calles de Granada segun le dijera el alcaide, respondió el emperador con tono satisfecho.

—¡Oh! ya verán esos morillos, y mi pueblo, que no en balde ha venido á Granada Don Carlos de Austria.

—Parece que la prohibicion de sus ropajes les ha causado gran dolor. Todos permanecen dentro de sus casas consternados y en el mayor abatimiento.

—Y yo te aseguro, Quintin, que no será ese mi último decreto si persisten en sus diabólicos alborotos; porque en último resultado, voto al diablo, los echaré á los montes de las Alpujarras; y si esto no es bastante, aseguro por mi corona, que no me ha de quedar un morillo en todo el territorio español.

—¡Maldita raza! respondió Don Quintin, y qué de males ha acarreado á la cristiandad!

Aqui llegaban nuestros interlocutores, cuando se acercó un doncel del emperador diciéndole con profundo respeto.

—Señor, perdonadme que os interrumpa, pero á las puertas de palacio hay un viejo moro que dice ser enviado á nombre de todos los moriscos del Albaicin, y pretende con asaz terquedad el hablaros. Por mas que le he dicho que no dábais audiencia.....

—Basta, condúcelo aqui.

Inclinóse el doncel y marchó.

—Vendrán ahora con súplicas despues de matarme y estropearme los vasallos, continuó el monarca con enfado. En fin, oigamos á ese moro y calcularemos la verdad de sus palabras. ¿Qué te parece, Quintin, hago bien en recibirle?

—Basta que lo háyais resuelto sin el parecer de nadie, para que sea una disposicion muy acertada, respondió dulcemente el cortesano.

—¡Alli viene el embajador! exclamó el monarca mirando hácia el vestíbulo del palacio. ¡Por Dios que es venerable el tal moro!

Un anciano con pardo albornoz, cuya capucha echada atras, dejaba libres sus respetables facciones y blanca barba, penetró en el patio de los Arrayanes seguido de cuatro moros que llevaban en sus manos ricas bandejas cubiertas de blancos lienzos.

Adelantose el padre de Haraxa con trémulo paso; su rostro espresaba la mas profunda tristeza. Al llegar ante el emperador, que parado y de pié aguardaba al moro, inclinóse hasta tocar casi con la frente al suelo, y permaneció en esta humilde actitud el tiempo que

tardó en oirse la voz del augusto monarca.

—Alza, le dijo con severo tono. ¿Qué pretendes de mí?

—Poderoso rey de los católicos, exclamó Abul-Aswad, aquí tienes un humilde siervo del Profeta que implora le escuches un solo instante. La infeliz grey á que pertenezco está sumida en el mayor dolor. Nuestras leyes han sido violadas; nuestras hijas.....

—Moro, interrumpió Don Carlos, déjate de preámbulos, que nada hacen al caso; si quieres que te escuche, camina directamente á tu objeto.

—Señor, continuó Aswad sin turbarse, muchos delitos cometen los musulmanes, muchos, pero bien purgados los tienen con las privaciones que sufren cada día: de hoy en adelante, todas las llevarán con resignacion, todas; pero el último decreto que has promulgado, ha vertido la mas negra amargura en todas nuestras tribus, pudiendo engrosarse las corrientes del Genil con las lágrimas que han sido derramadas. ¡Privarnos el vestir nuestro propio traje...! ¿Sabes, oh rey, si puede soportar un muslim humillacion semejante? ¿Sabes lo que es verse despojado de las ropas natales, que todas sus generaciones le han legado? ¡Ah! imposible nos era sobrevivir á semejante ley, y hemos tomado nuestra resolucion. Yo, Abul-Aswad, jefe de tribu, en mi nombre y en el de todos los moriscos que pueblan el Albaicin, te

ofrezco porque levantes esa prohibicion, la cantidad de 80.000 ducados. Esta suma es lo último que poseemos, es el porvenir de muchas familias, es la esperanza de los padres para sus hijas, y todos hacen gustosos este grande sacrificio, si se les permite usar sus vestiduras. Hé aqui ya espuesto el objeto de mi embajada. ¿Qué respuesta he de llevarles?

El rostro del anciano en este momento expresaba una angustiosa ansiedad.

El emperador quedó reflexivo. Su bondadoso corazon siempre dispuesto al bien, lo inclinaba en favor de aquella aislada gente mas infeliz que culpable, odiada y maldecida de todos, que se desprendia de lo que mas amaba en el mundo, del oro, para que les dejasen usar sus ropas, y luchaba en su interior con acceder á su demanda ó hacer inflexible su mandato.

Mientras tanto, el moro, fijos sus ojos en el monarca, parecia querer penetrar sus mas recónditos pensamientos: su respiracion era fatigosa, comprimida. Pensaba en Haraxa; pensaba en Meleck. Iba á escuchar su sentencia.

Por último, Don Carlos, resolvióse á permitir la anulacion de la cláusula, conociendo que bastante castigo era para los moros el aceptar su mismo ofrecimiento, y contestó de esta suerte al enviado.

—Muéveme á lástima, anciano, tu cuita y la de tus compañeros. Aceptando la suma que me ofreces, impongo por ahora un severo cas-

tigo á vuestros desmanes y rebajo el rigor de mi ley. Podeis usar libremente vuestros trajes; pero guay de vosotros si en adelante no reprimis esa escandalosa conducta!—Al hacer el emperador un bien á los musulimes, causaba la pérdida de tres personas.

Un ¡ay! imperceptible se escapó de los labios de Aswad; era el grito de agonía que exhalaba su corazón al penetrarse de su desgracia.

—¡Aceptais! dijo con desfallecida y fúnebre voz; y volviéndose á los moros que le acompañaban les hizo una seña. Estos se adelantaron hácia el rey, y el anciano continuó: dignate admitir.....

—Entrégala á mi tesorero, contestó el monarca; dentro de dos horas se comunicará la orden que apeteceis.

Inclinóse Abul-Aswad y salió sin pronunciar una palabra. El dolor le ahogaba. La débil caña á que se habia asido en su naufragio acababa de troncharse; iba á perecer.

Cumplió las órdenes del emperador entregando la suma al tesorero. Despues dirigióse con lento paso al mirador de la plaza de las Cisternas. El sol estaba en la mitad de su carrera. Hizo un esfuerzo y se asomó al antepecho.

Cruzó los brazos y permaneció cinco minutos fijo en esta actitud. El delicioso paisaje que se presentaba ante su vista parecióle un cementerio adornado de mustias tumbas.....

Cuando Aswad llegó á su casa salió á recibirle Haraxa. Estaba sin turbante y sus negros cabellos caidos sobre la blanca túnica que la cubria, ondulaban á merced de la brisa.

—Venid, padre mio, venid, le dijo sonriendo y tomándole la mano, presenciareis nuestra felicidad..... ¡ Oh! somos tan dichosos....! Hemos visto desde la torrecilla vuestra señal, y Meleck va á desposarse conmigo: el *althamí*¹ nos espera sembrado de flores rojas..... venid y lo vereis..... ¡ qué hermoso está!

Miró el anciano á su hija como dudando de sus palabras. Una estraña espresion tenian sus ojos. Brillaban..... pero con un brillo siniestro.... horrible. Asidos de la mano subieron á la torrecilla. Un moro tendido en el suelo, bañado en sangre, abierta en el pecho una ancha herida, por la que salia á borbotones aquella, y un largo puñal que apretaba su diestra mano, fué el espectáculo que se presentó á la vista del infortunado padre.

Era Abd-el-Meleck.

—¡ Muerto! exclamó Aswad con agonizante voz.

—Mirad, mirad, decia Haraxa señalando con su blanca mano el cuerpo ensangrentado de su amante, y echando atrás sus hermosos cabellos. ¿ No es verdad que seremos muy felices....? ¿ No veis su boca entreabierta cual sonrie á la inefable dicha que le aguarda.....?

¹ Alcoba.

A Dios, padre mio, el tálamo nos espera..... sí, tu señal nos salvó..... yo te vi en el mirador, y mi amante tambien..... tu blanquísima toca se mecía á discrecion del viento de la mañana, ¡qué felicidad....!

Una sarcástica carcajada puso fin á sus palabras, y corrió á asomarse á una de las ventanas de la torre, desde la que se veía el mirador. ¡Pobre Haraxa, estaba loca!

—Compasion de mí, Santo Alá! exclamó el anciano retorciendo sus brazos y elevándolos al cielo.

Los ecos de muchas trompetas que sonaban hácia la carrera de Darro llegaron en este instante, atraidos por el viento, á los oidos de Abul-Aswad.

Era el bando del emperador Don Carlos de Austria, anulando la primera cláusula del anterior, y permitiendo el uso de sus ropas á los moriscos del Albaicin.



CONCLUSION.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EL deseo del monarca fué cumplido. De los 80.000 ducados que le entregaron los moriscos, destinó 10.000 para empezar la construcción de su palacio.

El día en que colocaban la primera piedra, lloraba un anciano en una casa del Albaicín, sobre el yerto cadáver de una hermosa joven. Era que Haraxa acababa de morir. Poco tiempo la sobrevivió su padre. El palacio del emperador Carlos V costó muchas lágrimas á la morisma. ¹

¹ Lafuente Alcántara , *El libro del Viajero*.

EL SANTISIMO CRISTO

de la Puerta de los Colegios.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

ENTRE la sacristía y la capilla de Santa Ana, en la catedral, hay una puerta que da paso á la calle del Colegio Eclesiástico, donde se halla este edificio.

Esta puerta hecha sin duda para facilitar el paso á los colegiales que deben asistir diariamente á los varios oficios que se celebran en el templo, ni tiene la magnificencia, ni la colosal dimension que las demás; y por dar su exterior á sitio de poco tránsito, es muchas veces desapercibida á los ojos del viajero, y si la ve, pasa de largo, pues no cree hallar objeto de curiosidad en su sencillo aspecto. Sin embargo aconsejamos á quien visite nuestra

famosa basílica, que al llegar á ella, suba los pocos escalones que conducen al cancel, salga á fuera y observe la escultura que hay sobre la portada.

Si el viajero es artista, como conocedor del mérito, no podrá menos de admirar la perfecta delineacion y limpieza del *Ecce Homo* que se presenta á su vista, y si no lo es, además de que le gustará también, pues lo bueno siempre agrada, no podrá menos de volver á mirar la escultura con detenimiento cuando sepa la tradicion que encierra.

Los *cicerones* de esta ciudad la cuentan de mil modos diversos, pero la que nos merece más crédito, por ser la que nos han corroborado hombres respetables por su edad é ilustracion, á quienes además de los libros hemos consultado en estas tradiciones después de recibirlas del pueblo, es la que sigue:

Las tres de la tarde serian de uno de los días fríos y nebulosos del mes de febrero de 1539, cuando un hombre, pobremente vestido atravesaba la plaza de Bib-Rambla con direccion á la de Pasiegas. Grande movimiento se notaba en esta última plaza. Multitud de operarios corrian de uno á otro lado por entre miles de sillares y montones de cal y arena, proporcionando materiales y ayuda á los que encaramados en altos andamios añadian una piedra más á la gigantesca obra que aun en sus principios se destacaba grandiosa é im-

ponente como indicio del coloso monumento que algunos años despues habia de levantar majestuoso sus altas cúpulas sobre la morisca ciudad de Granada. Faltaba una basílica á esta metrópoli, á este risueño jardin de la Europa católica, una catedral símbolo de la grandeza y omnipotencia del culto cristiano, y una catedral era la que estaban edificando.

Á este sitio llegó el hombre de quien hemos hablado, y al golpe de vista que presentó á sus ojos este espectáculo, quedóse parado. Apoyó su hombro contra una casa, cruzó el pié derecho delante del izquierdo, los brazos sobre el pecho, y quedó absorto contemplando aquella masa sólida é informe y aquel hormiguero humano.

Mas de media hora permaneció como figura de estuco, siguiendo con la vista los movimientos de los obreros.

Á poco, como herido de súbita inspiracion, tuvo un arranque espontáneo y echó á andar. No habia dado seis pasos cuando volvió á pararse, dió un paso despues, volviendo luego á detenerse. Parecia que una inclinacion violenta lo arrastraba hácia la obra viniendo á hacerle retraer algun agorero pensamiento. Por último, dió una fuerte patada en la tierra y marchó resueltamente hácia un monton de cal y arena donde varios trabajadores sacaban espuertas de este material cerniéndolo sobre cribas de madera.

—Amigo, preguntó á uno de ellos, ¿sabeis quién dirige esta construccion?

Volvió el interpelado la cabeza, miró de arriba abajo al recién llegado, y viendo su haraposos traje, siguió su trabajo interrumpido un momento, sin dar otra respuesta que encogerse de hombros.

—¿No me habeis entendido? prosiguió humildemente el otro, preguntaba quién es el arquitecto que dirige esta obra.

—No sé, contestó secamente el peon, tardando en su respuesta cinco minutos.

Separóse nuestro hombre de aquel sitio: una languidez creciente sucedió á su decision repentina; con los brazos caidos y la cabeza baja erró algunos instantes por entre aquellos esparcidos materiales. Miraba y no veia, tal era el desaliento que se habia apoderado de su alma. Andando á la aventura y sin cuidado, no vió una escavacion un poco honda que tenia ante sus piés, sentó uno en vago y cayó de bruces en el hoyo. Por fortuna algunas leves contusiones solo le produjo su caida. Asióse de los bordes de la zanja y procuró salir. Mas sus intentos hubieran sido vanos á no haberlo protegido una forzada mano, que asiéndolo del cuello de su chaqueta lo puso fuera de peligro.

—¿Vais ciego, buen hombre? dijo el que le ayudaba. ¿Á quién buskais en este sitio? ¿Qué quereis?

—Buscaba al director, respondió confusamente el caído.—¿A *Diego de Siloe*?

—Si ese es el nombre del arquitecto, á ese busco, sí señor.

—Aquí lo teneis, yo soy, ¿qué se os ofrece?

—Señor.....

—Os encargo seais breve en lo que vayais á decirme, porque hago falta en otra parte.

—Pues bien, soy escultor, vengo de muy lejos, y acabo en este instante de llegar á Granada. Me hallo bastante tiempo sin trabajo, y busco un pedazo de pan. Ya sabeis el objeto de mi venida. ¿Quereis darme trabajo?

—¡Trabajo! ¡todos buscan trabajo cuando precisamente eso es lo que falta!

—Os estamos aguardando, maestro, dijo á este tiempo un oficial que se presentó en aquel sitio. Ya está subida la piedra de la que ha de arrancar el arco de la izquierda, y queremos saber si es de vuestro gusto su colocacion.

—Al momento voy.....

—¡Y bien! ¿qué decidis? preguntó el escultor.

—¡Qué decido! vamos, tomad esa piedra (supongo que tendreis útiles) y trabajad en ella; veremos vuestros conocimientos en el arte.

—¿Y qué quereis que haga?

—Maestro, que estamos parados hasta vuestra llegada, repuso el oficial.

—Pues vamos, vamos allá, contestó Siloe, disponiéndose á marchar.

—¡Pero, señor!

—¡Hay mas! vaya, decid.

—¿Qué quereis que esculpa aqui?

—¡Toma! cualquier cosa.

—Mas, decidme.....

—Lo que os diere la gana.

—No quisiera.....

—¡Maestro! volvió á repetir el albañil.

—¿Por fin qué saco?

—¡*Un demonio!* contestó mal humorado el director alejándose precipitadamente.

Sentóse el escultor junto á la piedra que Siloe le habia señalado, sacó martillo y cincel, y dió principio á su trabajo.

Pasaron algunos dias. Concluyó el escultor la obra que debia servir como muestra de su alcance en el arte, y esperaba un momento oportuno para presentarla. Al cabo de la semana, Diego de Siloe, que en toda ella no habia parecido por aquel sitio, vino entonces á enterarse de los trabajos del pobre artista.

—¿Cómo va eso? dijo acercándose.

—Concluido, señor; os estaba esperando.

—¿Á ver....? ¡Pero qué habeis hecho aqui!

—Lo que me dijisteis, señor.

—¡Un demonio!!

—Esa fué vuestra última palabra al dejarme el otro dia.

Examinó Siloe detenidamente la escultura, y la encontró superior á cuanto pudiera imaginarse.

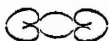
—Bien, muchacho, bien, dijo dándole golpecitos en el hombro; habeis hecho una obra maestra, y aseguro por quien soy, que se ha de colocar en la catedral.

—¡Cómo, un demonio!

—Volved esa piedra donde lo habeis esculpido, pues quiero trabajar en ella por el lado opuesto. Es un capricho que he tenido al mirar lo perfecto de vuestro diablo. Desde hoy trabajais para la catedral; vuestro sueldo será proporcionado á vuestra ciencia.

Despues de algun tiempo trabajó Siloe en aquella misma piedra, y esculpió un *Ecce Homo* que á sus espaldas tiene el demonio. Esta efigie es la que hoy existe sobre la puerta de la catedral ya referida.

El artista que sacó el retrato de Satanás, se llamaba Juan de Maeda, y fué uno de los muchos que en union con Diego de Siloe, Juan de Orea, Francisco y Miguel Gerónimo y Alonso Cano, pusieron la catedral en el brillante estado en que hoy la vemos.



La Cuesta del Rey Chico.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EL crepúsculo de la tarde tiñe de rojas tintas las cúpulas de las mezquitas. La estrella vespertina luce en el ciclo, y el *muezin* desde el alminar da *la azalá de almagrib*.¹ Un céfiro suave mueve las hojas de los árboles de la Alhambra y agita las flores de los jardines del palacio del rey. Empero, ¿qué música es la que se escucha bajo sus galerías? ¿Qué armoniosos ecos difunde la brisa con el sordo rumor de las cascadas? ¿Es por ventura la Alhambra el paraíso de huries prometido por el Profe-

¹ La oración de la tarde.

ta? ¿Es acaso que los magos de la noche celebran alguna fiesta al dios que los preside....? No..... Esa música que suena arrobando los sentidos, mas lisonjera que el susurro de las auras en noche de calurosa calma, es que Muley Hacén divierte á Zoraya, es que el viejo amante del Oriente agrada á su querida mora.

La *Sala de las Ninfas* del real palacio aparece aquel dia en todo su esplendor. Grandes jarrones de oro sostienen esbeltas y matizadas flores; forman figuras cabalísticas y estrañas, el nardo y el alelí, el mirto y la rosa, la azucena y el arrayán: una corona de rosas pende en el medio y salen de ella cadenas de guirnaldas que van á enlazarse con los floreros en los ángulos de la sala. Multitud de jilgueros y canarios vuelan de flor en flor dando al viento sus trinos deliciosos. Del centro de la corona caen vaporosas gasas de diferentes colores, que dando mil caprichosas vueltas forman una nube trasparente y voluptuosa, como multiplicados arco iris en cuyo fondo se envuelven los jilgueros.

Sobre un lecho de elegantes almohadones de damasco, á los lados del cual las flores que salen de los macetones, entrelazadas arriba, forman una gruta entretejida de acacias y amapolas, aparece recostada una jóven fresca como las rosas que pisa, y hermosa cual las flores que la cercan. Una leve túnica de lino apenas cubre sus delicados contornos, dejando al aire

sus hombros nítidos como la azucena de los bosques. No tiene turbante, y los negros cabellos que en ondulantes bucles besan sus espaldas, hacen resaltar la blancura diáfana de sus facciones, y unos rasgados ojos negros como el color de su melena. Es Zoraya, es la renegada, mas bella que todas las moriscas de la ciudad. Es la gala de Granada, la sonrisa del placer, la alegría de la ventura.

Un viejo de rostro siniestro y ajado, de entrecano bigote y cubierta su cabeza con ancho y lujoso turbante rojo igual al albornoz que con desden le cae sobre los hombros, está á sus piés, sentado en un almohadon y fumando opio en una pipa de ébano. Es Muley Hacen, el rey de Granada y amante de Zoraya.

En medio de la sala, ocho moriscas vestidas con voluptuosos trajes celestes y blancos, y llevando guirnalda de rosas en sus cabezas, ejecutan alegres danzas al compas de una música hechicera que suena como por encanto. Son egipcias que divierten á la reina de las flores, á Zoraya, la *Estrella de la Mañana*; se halla triste como la pasionaria al declinar el dia, y su dueño, que en ella tiene el corazon, ha dispuesto aquella fiesta por si consigue mitigar sus melancolias.

Pero es en vano. Zoraya se fastidia, vuelve la cabeza por no presenciar la danza, y el rey que lo advierte, pues la admira como el girasol al astro del dia, hace una seña, á cuya ac-

cion paran las bailarinas y cesa la música de improviso.

—Zoraya, dice el viejo Hacen con dulce acento y dirigiendo á un lado con la mano el humo que sale de su pipa, vida de mi corazon, ¿no disipan tus tristezas la danza de esas esclavas....? ¡Ah! dímelo, dime tambien qué puedo hacer para aliviarlas; ver tu semblante melancólico, es á mi alma lo que al alelí la falta de rocío, lo que á las plantas la ausencia del sol. ¿No quieres mas zambras? Habla, y tus deseos serán cumplidos como los preceptos del Koram.

Derrama la jóven una mirada de desprecio sobre las odaliscas, vuelve en seguida á tomar su mustia actitud y esconde su rostro entre las flores que la circundan.

Levántase el rey; estiende su brazo hácia las esclavas que tienen su vista en él, y salen cabizbajas de la estancia.

Acércase el viejo á su amada y le toma una mano. Incorpórase la jóven y mira lánguidamente á Hacen plegando detras de sus orejas los flexibles cabellos que osan tocar sus mejillas. De pronto hace un gesto, repele con su mano al rey y comienza á toser.

—¿Qué tienes, ángel mio? esclama con ternura el rey. ¡Ah! continúa mirando la seguida columna de humo que sale del tubo de su pipa... me olvidaba..... y al decir esto arroja la pipa al suelo que salta en mil pedazos.

—¡Hacen! esclama Zoraya echándole al cuello los brazos y reclinando su cabeza en el pecho del viejo.

—¿Qué tienes, hermosa? replica el rey con entusiasmo, tu acento espresa alguna queja... Dila, bien mio, oiga por algun tiempo esa voz mas armoniosa que el arrullo del jilguero.

—¡Hacen! ¡estrella donde se fijan mis ojos! contesta la mora acariciando la blanca barba de su amante, ya ves cuan triste estoy..... todo me cansa.... nada anhelo....una cosa tan sola....

—Dila, y verás cuan presto me dispongo á satisfacerla; soy rey, interrumpe Hacen con vehemencia.

—Pero, ¡loca de mí....! eso no puede ser, continúa melancólicamente la jóven como hablando consigo misma, no puede ser, porque ¿quién presumiria que ese que dice «Soy rey y haré tu voluntad.....»

Detiénese la mora. El rey que espera con ansia la conclusion de estas frases:

—¿Qué? esclama con viveza.

—Sería el primero en oponerse á ella.

Cúbrese de afliccion el semblante de Hacen.

—¡Será posible! dice con ternura y dolor, ¿será posible que dudes de mi pasion? Dime, ingrata, ¿qué apeteces que no lo veas cumplido? ¿No tienes los esclavos á millares, que se arrastran á tus piés cual inmundos reptiles por servirte y adorarte como á su Dios? ¿No eres dueña de este palacio, de la Alhambra, de Gra-

nada entera? ¿No reinas en mi corazón, pues eres la sangre que en él circula? He repudiado á la reina Ayxa por colocarte en su puesto. Me indicaste la muerte de sus hijos y los mandé degollar. ¿Qué has querido, dime, qué cosa has deseado en que no haya sido ley tu capricho? Sí, ley, porque te adoro con el fuego que aun se oculta bajo este aspecto gastado y frío, porque eres el encanto de mi vida, mi ser, mi ventura, mi Dios; porque te amo con tan ciego frenesí, con tan ardiente entusiasmo, que por satisfacer el menor de tus deseos sería capaz.....

—¿De matar á tu hijo Boabdil....? interrumpe con dulce sonrisa la mora.

Detiéndose el viejo Hacén y mira con estupor á Zoraya. Permanece largo tiempo sin contestar, reflexiona.

—¡Ah! culpame ahora de ingrata, esclama medio llorosa la jóven. Bien conocia tu alma; Hacén, es mentira ese amor, no lo creo, soy muy desgraciada, muy desgraciada.

Despréndese con aflicción del cuello del rey y vuelve á recostarse en su lecho.

—¿Quiéres otra víctima, mujer? grita Hacén con desesperación.

—¡Y eres tú el que me acusaba de falsa! repone de repente Zoraya enjugándose las lágrimas con un blanco lienzo. ¡Pobre de mí! creia en las promesas de tu cariño y halagada por su recuerdo, dormia tranquila y feliz; porque ese recuerdo era la esperanza de mis hi-

jos..... y todo se ha disipado como la niebla en el valle. ¡Pobres niños....! ¿qué será de vosotros mientras exista Boabdil? Escúchame, viejo insano; cuando mueras ¿no se alzaré con el reino el hijo de tu primera mujer, ejerciendo la tiranía de que da muestras en sus primeros años? ¡Infelices hijos míos! sí..... ¡desgraciados....! ¡porque entonces la cuchilla del verdugo segará sus cuellos como la podadera los hijuelos del sarmiento! Y todo..... ¿por qué? responde.... Porque un padre débil é insensato no ha mirado á sus últimos hijos con el interés que reclama su desventura. Qué, ¿te admiran mis palabras? ¡Pretendes acaso volverme á imputar la muerte de los menores! ¡Estraña razon por cierto! ¿De qué sirve arrancar el cespel de entre los trigos si se dejan crecer las robustas ortigas?

—¡Zoraya....! ¡Zoraya....! esclama con desgarrador acento el viejo, no destroces mi corazon de esa manera: tus palabras son agudos dardos que me llenan de ponzoña..... ¿Quieres esa última prueba de lo intenso de mi amor? Habla..... habla por compasion..... mira que tu silencio me asesina.....

Una dulce y penetrante mirada que embargó de placer el alma del anciano, es la respuesta de su querida.

—¡Ah! mírame siempre así, ángel mio, siempre, y dice el moro estas palabras inclinándose hácia Zoraya.

—¿Hablaste con verdad? esclama ésta volviendo poco á poco á enlazar con sus brazos el cuello de Hacén. ¿Me darás esa última prueba de tu amor que lloraba perdido?

—Sí, sí, te adoro tanto, que.....

—¿Ordenarás la muerte de Boabdil?

—Sí, ¿habias de pensar cosa alguna que no te se cumpliera?

—Y..... ¿cuándo?

—¿Deseas que sea ahora mismo?

—Has dicho bien, querido mio, y acompaña Zoraya estas palabras con un beso en la mejilla del rey.

Embriagado de amor y casi demente en aquel momento, Muley Hacén, el mismo que mandó dar la muerte á sus hijos menores por satisfacer las exigencias de su querida, no titubea en sacrificar su primogénito á los deseos de ésta.

Despréndese de los brazos de Zoraya, y marcha hácia un extremo de la estancia. Un golpe metálico llena los aires, y un negro se presenta.

—Atar-lik, pronuncia el rey, acércate.

Obedece el negro y se prosterna ante su señor.

Inclínase el rey al oído del esclavo y le habla en voz baja por algunos instantes.

—Vé, le dice despues, y que esta noche se ejecute mi mandato.

Desaparece en seguida el negro.

—Ya estás obedecida, luz de mi alma, con-

tinúa Hacen acercándose á Zoraya.

—Aun no, contesta con espresiva sonris

—¿Dudas....?

—¡Oh! no, gracias, Hacen..... gracias... otro beso acompaña estas espresiones que revencen al torpe rey. Alma de mi alma, cómo, me devuelves la salud, la vida..... es mejor, y quisiera oír de nuevo los acentos resonaban no hace mucho en esta estancia. melodía que aumentaba antes mi tristeza, citará ahora mi alegría. ¿Se fueron las egipc

Á una señal del rey torna á poblarse el cinto de odaliscas y vuelven á resonar las voces de cien instrumentos; comienza de nuevo la zambra, y un resplandor brillante y mirioso anuncia la llegada de la noche para el mundo. Por festejar á Zoraya, reemplaza rey de Granada la luz del sol con otra claridad no menos deslumbrante. La Sala de las Ni es un palacio de magos, una region de encantos. No hay noche para Zoraya.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

¿Por qué reina tanto silencio en las demás habitaciones del palacio real? ¿Es solo la Sala de las Ninfas el único centro de los bailes y de los placeres? ¿Por qué allí se respiran las auras de la primavera, mientras que en lo demás aterra el aspecto sombrío del invierno? ¿No alcanzan hasta aquellos sitios los ecos de la lira de los nigromantes? Los repele el viento de desolación que circula en aquel paraje. ¿Por qué tanta agonía? ¿Es acaso la última mansión de los creyentes del Profeta? No.....

Es que la estrella de la mañana, Zoraya la hechicera, no alumbra aquellos sitios con los destellos de sus ojos, y arrastra en pos de sí los encantos del placer. Zoraya ha sembrado allí la tristeza, porque es una flor engañosa, que aparece pura y sencilla y oculta dentro de su caliz desgarradoras espinas que causan la muerte, y Zoraya ha derramado sus espinas en aquellos sitios y ha levantado tumbas. Porque es como un lago terso y cristalino que se presenta á los ojos del viajero, semejante á un recinto iluminado por la luna, y al poner en él su pié se precipita en las profundidades que encierra. Su apariencia es la salud, por eso la siguen las delicias; su interior, un veneno, por eso siembra la muerte.....

Es una estancia cuadrilonga. Un rico tapiz de Persia cubre el suelo. Respirase un aromático perfume que exhala un rico pebetero colocado en el centro. Es de noche. Una lamparilla de plata alumbra tibiamente el aposento, y derrama de lleno su luz sobre el rostro macilento de una mora en el otoño de su vida. Es Ayxa la mujer del rey Muley Hacén, la madre de Boabdil.

Está sentada cerca del pebetero, apoyados los codos en sus rodillas, y en sus manos la cabeza.

Asomado á un ancho ajimez está Boabdil fijos sus ojos en el estrellado firmamento, y vuelve algunas veces su jóven rostro para contem-

plar á su madre, que no lo vé absorta en sus meditaciones.

Una de estas veces deja Boabdil la ventana, acércase lentamente á la reina, le pasa su brazo al rededor de la cintura, y le dice con cariñosa voz:

—¿Qué tienes, madre mia?

Estremécese Ayxa al oír tan cerca el acento de su hijo: no lo ha visto llegar. Repónese un poco de su sorpresa, y mirándole tiernamente:

—Nada, contesta, hijo mio, las penas de siempre.

—¿Me parece que te hallo esta noche mas triste?

—Sí, tienes razon, Boabdil; voy á confesártelo todo, á tí, el único hijo que me ha quedado. ¡Oh! ¡padre cruel....!

Los sollozos y las lágrimas le impiden continuar.

Boabdil la estrecha contra su pecho.

—Madre mia, le dice, mitiga por Alá esa afliccion, te lo pide tu hijo á quien haces padecer bárbaramente.

—¡Oh! hijo del infortunio, ¡cuánto te adoro! esclama con delirio Ayxa; tú eres la fuente que el sediento viajero encuentra en las arenas del Sahara. Eres el cielo de mi alma.... escucha. Un negro presentimiento abrumba mi corazon; algo va á sucedernos; me lo dice la angustia que siento esta noche; quisiera llo-

rar, mucho, mucho, tal vez de ese modo hallaría el alivio que deseo.

—Desecha, madre mia, esas melancólicas ideas; ahuyéntalas de tu imaginacion, como repele el viento de otoño las hojas secas del álamo. ¿No me ves á mí cuál nuestro faz serena y recibo con calma los golpes del destino?

—¡Ah! Boabdil! no compares el delicado vástago que abriga cuidadosamente la mano del jardinero, con la añosa encina encorvada por el rigor de los huracanes. He sufrido mucho; y la corza que ha sido constantemente perseguida por los tiros del cazador, fácilmente percibe sus pasos. Acuérdate de lo que te digo, alguna desgracia va á sucedernos.

—¿Pero por qué, madre mia?

—Escucha: una tarde, no hace muchos meses, me hallaba en este mismo sitio. Ya me habia tu padre repudiado por esa renegada Zoraya, causa de nuestros males, y lloraba en silencio mi suerte. Esa tarde estaba asomada á ese ajimez en que tú lo has estado ahora. El cielo aparecia puro y diáfano. El céfiro que besaba mis ardientes mejillas, era fresco y oloroso. La naturaleza entera respiraba vida, placer.... y yo sufría mas que nunca. Estaba como poseida de un vértigo. Todo lo miraba á través de un prisma tenebroso y sangriento. ¿Por qué mi corazón latía con tanta violencia como si fuera á salirse del pecho? ¿Por qué mi cuerpo se doblaba sin poder sostenerme? Si igual era mi

desgracia á la del día anterior, ¿por qué entonces tanto padecer....? Un grito horrible llega de pronto á mis oídos, retrocedo del ajimez..... escucho..... repítense los lamentos..... vuelo hácia el pasadizo donde sonaban..... y veo á tus hermanos menores en los brazos de un verdugo..... Precipito mis pasos para alcanzarlos pidiendo socorro, pero las guardias me lo impiden y caigo al suelo sin conocimiento. Cuando volví en mí supe que habian sido degollados por orden de tu padre. ¿Comprendes ahora la causa de mi dolor?

Vuelve Ayxa á prorumpir en amargos sollozos. Grande impresion han hecho en el ánimo del jóven las palabras de su madre. Permanece un rato silencioso con la vista fija en el tapiz. Hace luego un esfuerzo, y dice con una calma ficticia:

—Tambien á veces engañan los presentimientos. Si entonces te fueron fieles, pueden en la actualidad fallar, y todo eso que piensas va á suceder.....

—No prosigas, le interrumpe Ayxa con penetrante mirada; no me nombres lo que ibas á decir, que harto lo siente mi corazón sin que se toque á su herida emponzoñada.

Boabdil calla, no se atreve á decir mas y queda triste y cabizbajo. Ayxa llora.

Una sombra penetra en la estancia sin pisar apenas el tapiz. Leve en su ida como el vuelo de la mariposa, aproximase á la reina y

pone su mano sobre el hombro opuesto al en que se apoya su hijo. Vuélvese Ayxa como sacudida por electricidad y exhala un grito de miedo.

Un horrible rostro negro y mutilado han visto sus ojos, el mismo que habia llevado en los brazos sus hijos menores al degüello.

Pónese Boabdil de pié al grito de su madre, y brilla en sus manos un puntiagudo puñal.

El negro se postra de hinojos y cruza sus manos sobre el pecho en señal de paz.

Repuesta la mora de su terror,

—Habla, esclavo, le dice con desprecio: ¿por qué me insultas con tu presencia? ¿Es acaso por mandato de tu bárbaro amo?

—Perdona, responde el negro en su tosco lenguaje, perdona á un miserable esclavo, que si antes cometió una falta, viene á lavarla ahora á costa de su sangre. Atar-lik no quiere mas crímenes, su alma está manchada y desea arrepentido tu perdon.

—¿Y es á eso á lo que has venido? pregunta con indignacion la mora: por solo libertarme de tu vista..... te perdono..... vete.

—¡Oh! Atar-lik te da gracias, sí, te está muy reconocido, pero no se irá sin hacerte ver que no ha venido solamente á pedir perdon: ha venido á salvar á tu hijo.

—¡Mi hijo! Negro, ¿qué mal le amenaza?

Y la reina ase con furor las manos del esclavo sacudiéndolas violentamente.

—Escucha. El amo está con Zoraya, responde Atar-lik; no hace mucho que oyó el esclavo el sonido que lo llamaba, y acudió. Entonces lo atrae á sí, y le dice en voz baja: «Atar-lik, dentro de una hora has de presentarme en este sitio la cabeza de Boabdil.»

Un grito terrible que exhala la reina interrumpe al esclavo. Suelta las manos de éste, corre hácia su hijo, y lo estrecha entre sus brazos diciéndole:

—¿Acusarás ahora á mi corazón? Bien te lo decía, una desgracia nos amenaza..... Pero no quiero que mueras..... es imposible..... ¡Oh! no seguirás la suerte de tus hermanos..... Has de ser rey..... para derribar á ese tirano..... Sí, también una voz desde el interior de mi alma me dice que has de serlo..... Yo te salvaré..... Atar-lik..... salva á mi hijo..... ¿dónde estás?

Atar-lik, temiendo que las voces de la reina descubrieran su traición, ha desaparecido.

—Ven, hijo mio, salgamos, dice Ayxa enlazando su brazo en el de Boabdil, que cede al impulso maternal; ven, salgamos de este horrible palacio..... Pero Alá.....! ¿qué es esto?

La puerta de la estancia está cerrada y no cede á los esfuerzos de la reina.

Mulèy Hacen ha tenido aviso de la conducta del esclavo, y ha estado oyendo á Atar-lik. Llama á sus guardias, y á la salida de aquel, es preso por el rey: manda despues encerrar á la reina y á su hijo, y corre á dar sus ór-

denes para el logro de los fines de Zoraya.

—¡Somos perdidos, madre mia! esclama Boabdil al reconocerse encerrado.

—¡Perdidos! ¡Oh! no.... Alá me ha iluminado..... Boabdil, ¡serás rey! Y se precipita al centro de la estancia.



JUNTA DE ANDALUCÍA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



1984



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LA noche es serena. No hay luna, pero las refulgentes estrellas del cielo difunden una mística claridad: Granada está entregada al reposo; aun faltan tres horas para que el muezin dé la oración de *azohibi*.¹

Un poético silencio reina en las alamedas de la Alhambra; los pájaros duermen en los bosques, los insectos han desaparecido en sus cóncavos agujeros. Nada se oye..... Solo unas lentas pisadas suelen turbar la tranquilidad de la morisca fortaleza. Son los centinelas del pa-

¹ El alba.

lacio árabe que velan por la seguridad de Muley Hacén. Todos los ajimeces del alcázar están cerrados; solo uno parece abierto por la claridad que se muestra en su interior. Luce el ajimez como estrella perdida en noche tempestuosa.

Una sombra se dibuja en él. Es un hombre. Es Boabdil. Ásese de la columnita que lo divide, y echa el cuerpo hácia fuera. Otra sombra aparece en seguida: es su madre.

Asegúrase Boabdil de la pared, y va poco á poco descendiendo por el muro, clavando sus uñas en los puntos salientes que encuentra.

Un grueso cordon rodea su cintura, subiendo su cabo hasta las apretadas manos de Ayxa que sostiene con todas sus fuerzas á su hijo.

La pobre madre ha hecho trizas sus almai-zares y tocas, para formar aquella cuerda de que pende la salvacion de su hijo.

Boabdil desciende lentamente. Ayxa apenas respira. Tiene el resto del cordon atado á su cuerpo que va desliando pausadamente segun el tiro que hace Boabdil.

Las fuerzas de la reina se agotan. Es tanto el peso de su hijo, que teme no poderlo sostener.

Un esfuerzo mas, ó cae precipitada del ajimez.

Empero suena una palmada. Boabdil es libre. Sus piés han tocado la tierra.

—¡Gracias, madre mia! dice con cariñoso

acento. Alá te colme de bendiciones; ruégale por mi pronta vuelta.

—Su mirada te acompañe, responde la reina.

Dirige Boabdil por última vez sus ojos hácia su madre, y parte con ligero paso.

Vaga errante por detras del palacio, y toma la direccion de la *Torre de los Picos*.

Las centinelas del alcázar no han sentido su evasion. Nadie lo ha visto; y al hallarse fuera de los muros respira con libertad.

Deja á un lado el camino cubierto que conduce á las torres que circundan su Alhambra; y llegado al pié de la muralla donde hoy está la puerta nombrada de *Hierro*, baja precipitadamente por la escabrosa é intransitable cuesta que ha de ser su via de salvacion¹.

Las malezas y pedrisqueros no detienen su marcha; pronto llega á sus oidos un ligero murmullo. Es el Dauro; su corriente es pequeña y tranquila. Apenas hay espuma.

Pone un pié en el rio y pronto se halla al lado opuesto. Al cuarto de hora llamaba al palacio de Darla-Horra².

¹ Desde entonces tomó esta cuesta el nombre de *Cuesta del Rey Chico*, llamado así Boabdil porque despues reinó al mismo tiempo que su padre.

² En el mismo sitio en que se hallaba este palacio fundado por la madre de Boabdil, de quien tomó el nombre de *Horra*, como apellidaban á la reina, que quiere decir *Honesta*, construyó D. Fernando de Zafra, caballero de la corte de los reyes Católicos, el convento de religiosas de Sta. Isabel que hoy existe en el Albaicin.

No tarda en aparecer un árabe.

—¡Acchar! dice Boabdil.

—¡Señor! contesta aquel inclinándose.

—Vengo á refugiarme en esta casa: he huido del palacio de Muley Hacen, para sustraerme de la muerte que me amenazaba, y estoy resuelto á ponerme á la cabeza de las tribus descontentas. Declaro desde este momento guerra á mi perseguidor. Declaro guerra á mi padre.

—¿El cachorro quiere alzar su noble frente contra el leon que lo tiraniza? pregunta sentenciosamente Acchar.

—Sí, responde Boabdil.

—¡Señor! repone el moro. Mañana sabrán las tribus de los nobles abencerrajes vuestra resolución, y contareis desde luego con su aguerrido y numeroso ejército: dentro de pocos dias será Boabdil rey de Granada.

—Asi lo espero, contesta el fugitivo.

Y ambos entran en el palacio.





IV



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

¿QUÉ voces se escuchan en el alcázar de los reyes? Los moravides de la guardia están mudos de espanto..... Los esclavos quedan inmóviles en las salas y jardines. El terror se pinta en todas las facciones. ¿Á quién temen de ese modo? ¿Acaso el ángel exterminador ha vibrado sobre ellos su sanguinaria espada? ¿Han visto el rojo resplandor de su hoja?

Muley Hacen ha presentido la huida de Boabdil, y por él pregunta á Ayxa. Teme desagradar á Zoraya, y el furor que lo domina hace temblar á los moradores de su palacio.

Zoraya acude á las voces de Hacén y se encuentra en la estancia de la reina. Su corazón adivina lo que pasa, y palidece de rabia á este presentimiento, que quiere sofocar apretándose el pecho con violencia.

La reina permanece en el ajimez ocultando entre su ropaje la cuerda que ha salvado á Boabdil. Sus ojos brillan de alegría como el lucero de la alborada.

—¡Mi hijo! ¡dónde está mi hijo! dice con estentórea voz Hacén.

—Lo ignoro, contesta tranquilamente Ayxa.

—Mientes, repone el rey. Contigo estaba hace un momento. ¿Qué has hecho de él? ¡Infeliz de tí, si no me lo presentas!

Y sacando un puñal amenaza el pecho de Ayxa. Sube ésta los hombros con marcado desden.

—Búscalos, es su contestación.

Dirige Hacén una escudriñadora mirada por la estancia, su vista tropieza con unos fulminantes ojos.

Entonces vé á Zoraya, vé su mano estendida con dirección al ajimez.

La favorita ha penetrado el misterio. Su sospecha la comunica al rey por medio de la acción.

—¡Ah! ya comprendo, dice éste, y se precipita como un león al ajimez.

Ayxa es impelida brutalmente hácia un lado. El rey descubre el cordón.

—¡Miserable! me has vendido; sospecho

tus planes..... Boabdil se pondrá á la cabeza de esos descontentadizos y pérfidos musulmanes... Va á hacerme la guerra..... Granada será presa de la civil discordia..... destruida..... y tú eres la causa.... ¡maldita mujer....! ¡Oh! ¡muere, hidra venenosa..... y ojalá con tu sangre conjures el inmenso mal que veo caer sobre mí!

Levanta Hacén su armado brazo contra la reina. ¡Pobre Ayxa! su amor maternal le atrae la muerte.

Hiere el puñal el espacio con direccion á su pecho, pero ¿por qué se ha detenido?

Una fuerte mano ha sujetado por detras el brazo del rey.

Vuélvese Hacén furioso y vé á Atar-lik.

El esclavo ha logrado escaparse de entre los guardias. El corazon le anunciaba algun mal para los que queria favorecer, en espiacion de su delito, y llega á tiempo.

Ayxa vive, pero él la ha salvado.

—¡Esclavo! dice Hacén rechinando de rabia los dientes, ¿osas tocar á tu amo?

—Atar-lik hace lo que su inclinacion le manda.

El rey tiembla, la sed de sangre lo ahoga. Recuerda que el esclavo es la causa de su daño, que ha salvado á la reina..... que lo ha vendido, y se precipita hácia él apretándole el cuello con sus manos.

Córtase la respiracion de Atar-lik. Unos sonidos secos y estertorosos, semejantes al hipo

de un moribundo, salen de su garganta, y Hacén continúa prensándola horriblemente.

Los huesos crugen; la boca de Atar-lik se abre, y Hacén aprieta cada vez mas. Las pupilas del negro se enrojecen, se erizan sus cabellos, se crispan sus dedos, y el rey lo oprime sin cesar.

Los ojos del esclavo brotan sangre, sus piernas se doblan. Hacén lo suelta. El cuerpo del negro cae al suelo con estruendo.

Era un cadáver, estaba estrangulado.

Durante su asesinato, Ayxa ha querido correr á su socorro, pero es detenida por la linda mano de Zoraya.

Conociendo que le era imposible libertarlo, quiere aprovechar aquellos momentos para salvarse, y sale de la sala.

Pocos momentos despues seguia el camino que su hijo tomara horas antes.

Muley Hacén se hartó de sangre.

Al ver al esclavo muerto, es acometido de un espantoso delirio, y corre como un demente por la estancia preguntando por Ayxa.

Zoraya, que se recreaba en la agonía del esclavo, no ha visto la huida de la reina, y pregunta tambien á algunos guardias que estaban á la puerta.

—Ha salido, contestan éstos.

Oprímese Hacén las sienes, y esclama con dolor:

—¡Soy perdido....! ¡Zoraya! Boabdil reinará.

Nada contesta la favorita. Lúgubres pensamientos la dominan, sus recelos van á ser realidades, sus hijos no tendrán corona.

—Pero no, grita de improviso el rey, aun es tiempo. ¡Guardias! á caballo, recorred toda la Alhambra, toda Granada si es preciso, y traedme á mi hijo Boabdil..... muerto ó vivo, ¿entendeis? Cumplid mis órdenes al punto.

Los soldados salen apresuradamente.

—Zoraya, no te desanimes, repone el libertino rey con dulzura, nos queda todavia esperanza.

La esclava no contesta, el golpe ha herido mortalmente su corazon y el dolor la ahoga.

.....

Quando los soldados salieron del palacio á cumplir las órdenes de Hacen, Ayxa abrazaba á su hijo en el palacio de *Darla-Horra*.



CONCLUSION.

Pocos dias despues es destronado Muley Hacén por su hijo Boabdil, que favorecido por los descontentos ciñe á sus sienes la corona de Granada.

El viejo rey se retira á la *Alcazaba Cadima* donde se mantiene fuerte con los suyos.

Cuando Boabdil y su madre Ayxa vuelven al palacio real, buscan con ansia á su mortal enemiga, pero son inútiles sus afanes.

La completa pérdida de sus esperanzas es un mortifero dardo que atraviesa el corazon de Zoraya.

Al considerar que sus hijos serian esclavos del sucesor de Hacén, es tanta la melancolia que se apodera de su alma, que cae en un mortal abatimiento. Las fiestas le repugnan. Nada la distrae, hasta su amante le cansa.

El dia antes de la victoria de Boabdil, una triste comitiva acompaña un cadaver á la *Rauda*. ¹ Es Zoraya.

¹ Panteon de los reyes moros.

La Puerta de las Orejas.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EN una estancia de mezquina apariencia, en la que dos sillas de madera blancas y una cama de tablas, componían todo el adorno; estaba sentado un hombre como hasta de cuarenta y cinco años, con una pierna tendida sobre la otra silla, vendada con un lienzo, por cuya superficie aparecían algunas manchas de sangre. Una joven, linda como una flor y fresca como su tallo, apoyada contra la cama, hacia media á la luz de un velon, que atado en el lazo de una cuerda que pendía del techo, difundía una claridad tenue sobre el aposento.

Serian las doce de la noche. El hombre se mostraba al parecer bastante impaciente, escuchando con avidez el mas leve rumor que oia; y cuando el ruido era ocasionado por los pasos de alguna persona que atravesaba la calle tan á deshora, brillaban sus ojos de alegría preguntando con entrecortada voz:

—¿Será él?

La jóven, paraba su trabajo alargando la cabeza, la movia con amargura al sentir que los pasos se alejaban, y volvía á su tarea.

El reloj de la Chancilleria marcó las doce y media. Á poco se oyó el violento caminar de una persona que marchaba casi corriendo, y dieron con la mano dos golpes en la puerta.

—¡Él es! exclamaron á un tiempo el hombre y la jóven.

Dejó ésta su labor, y salió de la habitacion, volviendo á entrar á poco acompañada de un muchacho de diez y seis á diez y siete años, pobremente vestido, quien dirigiéndose al de la pierna tendida, dijo con balbuciente voz por la agitacion de la marcha:

—Buenas noches, tio Marcelo, ¿qué ocurre para llamarme..... pero, ¿qué veo? ¿estais herido?

—Sí, Luis, trabajando esta noche despues que vinimos de la plaza, se me fué la azuela de la mano y me di en esta pierna..... pero no se trata de eso; hace poco que he recibido una terminante órden del arquitecto, por la que

se me manda que en esta misma noche construya otro tablado para la música, junto á la puerta de Bib-Rambla ¹, á fin de que mañana aparezca puesto, y no se detengan las fiestas que van á ejecutarse.

—Y cómo podreis.....

—A eso voy. No aceptar, sería degradarme, pues no habiendo intervenido en los trabajos de la plaza mas carpintero que yo, sería un golpe fatal para mí, se ejercitasen otras manos que las mías, ó las de personas de mi confianza en ese final de obra.

—¿Y á quién pensais encargarlo?

—A tí.

—¡Á mí! vaya, ¡sin duda os chanceais! ¿Có-

¹ En la plaza de este nombre, célebre por las fiestas de torneos y zambras que en ella hicieron los árabes, hay un arco al fin del ángulo que mira á Levante, que aun conserva la traza de obra morisca á pesar de las restauraciones que ha sufrido. Este arco, que en lo antiguo se llamaba Puerta de Bib-Rambla tomando el nombre de la plaza, vino despues á ser nombrado de *los Cuchillos*, porque en ella fijaba el gobierno municipal los puñales que aprehendia á los malhechores, y por último como en el dia se llama á consecuencia de los infaustos hechos que tuvieron lugar en ella y que narramos en esta tradicion. Encima de esta puerta, se fundó despues de la conquista una capilla á Nuestra Señora de la Rosa que aun existe, y para su culto estaba destinada la renta de una capellania. No se debe confundir este arco con el de las *Cucharas*, de obra moderna, que se halla en el mismo ángulo debajo de la casa nombrada *los Miradores*, desde cuyos balcones asiste el ayuntamiento á las funciones públicas que las mas de las veces tienen lugar en dicha plaza.

mo quereis con ocho meses escasos que llevo de estar á vuestro lado, que dirija nada menos que un solar portatil, donde han de sostenerse qué sé yo cuántas personas?

Un hondo suspiro fué la contestacion de Marcelo. El reloj de la Chancilleria dió la una.

—Luis, ya he empeñado mi palabra; mi palabra que no ha faltado durante mi vida ni una sola vez..... No serías capaz..... ¡un esfuerzo....! ¿Tanto es necesario saber para levantar un tablado?

—Bien, probaré.....

—Anda, Luis, anda; si á las seis estás de vuelta y me noticias la conclusion de la obra, tuya será la mano de mi hija que tanto anhelas, tuyo mi establecimiento.

—¡Ah! ¿qué decis, tío Marcelo? Me escitais de tal manera con esas esperanzas, que me voy sintiendo con impulsos para levantar no digo un tablado, un palacio con su torre y su mirador. Vamos..... ¿pero y los palos?

—En el sitio hallarás todos los materiales.

—¿Ha de ser muy grande?

—Me han dicho que como para unas veinte personas.

—Corriente, hasta la vista; tío Marcelo; cuento con vuestra promesa, pues ella es la que me anima. Antonia, pide á Dios salga con bien de mi empresa.

—No olvides que á las seis has de estar de vuelta. —Hasta las seis.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

—HE ganado la mano de vuestra hija, tío Marcelo; dijo Luis entrando á las cinco de la mañana en la casa de donde partiera á la una. Marcelo se hallaba en el mismo sitio: Antonia seguía su tarea. Ninguno de los dos había dormido.

—Ven, dame un abrazo, exclamó Marcelo, tendiendo los brazos hácia el aprendiz. Has sostenido mi palabra, tuya es Antonia, tuyo mi establecimiento.

—Gracias, maestro, me haceis el hombre mas dichoso.... Y vaya, ¿cómo os sentís?